

Filiaciones y desvíos
Lecturas y reescrituras en la
literatura latinoamericana

Andrea Cobas Carral
(coordinadora)

NJ
Editor

ANDREA COBAS CARRAL

COORDINADORA

FILIACIONES Y DESVÍOS
LECTURAS Y REESCRITURAS
EN LA LITERATURA
LATINOAMERICANA

NJ
EDITOR

Filiaciones y desvíos: lecturas y reescrituras en la literatura latinoamericana / Andrea Cobas Carral... [et al.]; compilación de Andrea Cobas Carral.- 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : NJ Editor, 2021.

Libro digital, PDF - (Asomante / 11)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-47861-7-3

1. Crítica Literaria. 2. Literatura Latinoamericana. I. Cobas Carral, Andrea, comp.

CDD 860.998

Comité de evaluación

Adriana Amante, Pablo Ansolabehere, Valeria Añón, Graciela Batticuore, Beatriz Colombi, Nora Domínguez, Roberto Ferro, Gustavo Lespada, Celina Manzoni, Isabel Quintana, Adriana Rodríguez Pérsico, Guadalupe Silva, Noé Jitrik, Vanina Teglia, Loreley El Jaber.

Este volumen se publica con el apoyo de la
Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica.

Coordinación editorial: Pablo Martínez Gramuglia
Edición: María Fernanda Pampín
Diseño de tapa en base a propuesta original de Luz Valero

NJ Editor
25 de mayo 221, 3° piso
1002 – Buenos Aires – República Argentina
Tel: (54-11) 5287-2630
e-mail: ilh@filo.uba.ar
Impreso en Argentina, 2019

LECTURA Y EXPERIENCIA EN LUCIO V. MANSILLA

DEL LECTOR FURTIVO AL VADEMÉCUM DE CITAS

Leandro Simari

“No se aprende el mundo en los libros” (Mansilla, 2018: 252): en la trigésima entrega de *Una excursión a los indios ranqueles*, Lucio V. Mansilla resume, de esta forma, sus presupuestos epistemológicos, mientras explicita, a la vez, un sobreentendido que enmarca toda una zona del texto asociada a la revalorización de la experiencia.¹

No se aprende el mundo en los libros. Pero entonces, ¿dónde se aprende? Se aprende a la vera del fogón, escuchando al gaucho que se desgració y cuenta sus desventuras, observando sus gestos y oyendo de primera mano la modulación de su voz, para desentrañar las peripecias de su historia personal, “más complicada e interesante que muchos romances ideales que todos los días leemos con avidez” (Mansilla: 168) y, al mismo tiempo, también más instructiva, dado que permite refutar a aquellos que creen que “el gaucho es un ser ideal” porque “no lo han visto jamás” (Mansilla: 414).

Se aprende, además, oyendo al indio, hablándole y haciéndolo hablar, observando y adoptando sus posturas, sus hábitos y hasta sus métodos de negociación y debate; desgranando sus palabras y sus actos, por grandilocuentes o triviales que parezcan, para demostrar que civilización y barbarie son idénticas, similares o diferentes –según las conveniencias narrativas y políticas del episodio que se esté relatando en cada ocasión–, pero que, en cualquier caso, ninguna es necesaria y radicalmente superior a la otra.

1 Conviene recordar que, inicialmente, *Una excursión a los indios ranqueles* se publicó por entregas en *La Tribuna*, diario perteneciente a los hermanos Héctor y Mariano Varela, ambos amigos de Mansilla. Las entregas comenzaron el 20 de mayo de 1870 y se interrumpieron el 7 de septiembre, con el texto inconcluso. La versión completa se editaría ese mismo año, en libro, por gestión de Héctor Varela. Todas las citas de *Una excursión* corresponderán a la edición de 2018 que se detalla en las referencias bibliográficas.

Se aprende, también o sobre todo, en la propia trayectoria vital, en la acción, en el movimiento a través del territorio, en el viaje; se aprende recorriendo “como yo [dice Mansilla], cuatro partes del mundo, en buque de vela, en vapor, en ferrocarril, en carreta, a caballo, a pie, en coche, en palanquín, en elefante, en camello, en globo, en burro, en silla de manos, a lomo de mula y de hombre” (518-519). En definitiva, se aprende, como este y tantos otros pasajes de *Una excursión* insinúan, en la experimentación de la heterogeneidad, en el ejercicio de un cosmopolitismo extremo, en la degustación (metafórica y literal) de lo diverso, en la posibilidad de desarrollar un gusto equitativo por las noches pasadas en la pampa desnuda y en los hoteles de lujo, de sofisticar el paladar al punto de disfrutar lo mismo de “*mazamorra* en el Río de la Plata, *charquicán* en Chile, ostras en Nueva York, *macarroni* en Nápoles, trufas en el Périgord, *chipá* en la Asunción” (Mansilla: 51) y, claro está, una tortilla de huevos de avestruz en Nagüel Mapo. La pretendida universalidad del planteo epistemológico, así, encausa las referencias a su multifacética trayectoria vital que Mansilla desperdiga en el texto, para derivar hacia una declaración de estricto tenor autobiográfico:

Sí, el mundo no se aprende en los libros, se aprende observando, estudiando los hombres y las costumbres sociales. Yo he aprendido más de mi tierra yendo a los indios ranqueles, que en diez años de despesañarme, leyendo opúsculos, folletos, gacetillas, revistas y libros especiales. Oyendo a los paisanos referir sus aventuras, he sabido cómo se administra justicia, cómo se gobierna, qué piensan nuestros criollos de nuestros mandatarios y de nuestras leyes (Mansilla: 252).

Yendo, oyendo, he aprendido, he sabido, el gerundio, la primera persona, la elección de los verbos cristalizan una estrategia crucial en la configuración de la imagen que Mansilla diseña para sí mismo: la del hombre de acción que, impulsado por un carácter curioso e inquieto, se encuentra en un estado de actividad permanente del que no deja de extraer, como recompensa más o menos casual, más o menos calculada, un invaluable caudal de sabiduría y aprendizajes prácticos.

No se aprende el mundo en los libros: la frase, como develamiento de un *leitmotiv*, organiza una lectura posible de *Una excursión* y

se entrevera con operaciones textuales de autolegitimación y autofiguración que se articulan y diversifican de entrega en entrega. Sin embargo, una premisa tal no puede soslayar que otro rasgo sobresaliente del texto se constituye a partir de los recurrentes pasajes en los que Mansilla hace gala de un profuso y variado conocimiento de la cultura letrada. De hecho, como si quisiera poner en evidencia que sus cuestionamientos al saber libresco están lejos de ser equiparables a la ignorancia, Mansilla cita, y lo hace, según su estilo, con desmesura y alarde: en francés, en italiano, en inglés, en griego, cita, parafrasea y juzga a clásicos, contemporáneos, poetas, novelistas, hombres de ciencia, filósofos e historiadores. Como su paladar, como sus apetencias de *tourist*, como sus ansias de incansable experimentador, la faceta del Mansilla lector será también presentada bajo el signo de una casi irreductible heterogeneidad.

Podría pensarse, en primera instancia, que, en esas oscilaciones entre la erudición empírica y libresca, Mansilla cifra una búsqueda –simultánea e invertida– de legitimidad y diferenciación en dos niveles del texto: por una parte, como efecto de lectura, búsqueda de legitimidad ante y de diferenciación de sus contemporáneos letrados, militares y políticos; por otra parte, dentro de las peripecias que *Una excursión* narra, búsqueda de legitimidad ante y de diferenciación de los *otros* que lo rodean. En este último sentido, como personaje principal del relato, Mansilla consigue moverse entre los ranqueles, alcanzar sus pequeños triunfos personales y diplomáticos y labrar para sí mismo y para sus propósitos una relativa autoridad gracias al sentido práctico que parece haber ejercitado en sus años como comandante de frontera. Porque es capaz de *leer* las intenciones de los indios y anticipar sus reacciones ante ciertas actitudes propias (muchas de las cuales define en términos de *simulación, comedia, teatro*), Mansilla puede reconocer a tiempo la importancia de no rechazar nunca de manera directa un *yapaí* (228), administrar dádivas, bondades y reprimendas y salir siempre airoso, e incluso alcanzar en los toldos de Baigorrita, uno de los más importantes aliados del cacique Mariano Rosas, niveles de aceptación inusitados para un militar al cortarse las uñas de los pies en la mesa y luego escarbarse los dientes con el mismo puñal (Mansilla: 354).

Ahora bien, cuando las circunstancias apremien, será otra clase de saber, el saber letrado, el que acuda en su auxilio. A punto de ver

desarticulados sus argumentos en la junta ranquel que debe validar el tratado de paz que impulsa, Mansilla convocará a la lectura, privilegio distintivo de los cristianos, como fundamento de su autoridad: “[u]stedes no saben nada, porque no saben leer; porque no tienen libros. Ustedes no saben más de lo que les han oído a su padre o a su abuelo. Yo sé muchas cosas que han pasado antes” (431).

Entonces, entre los indios, en el plano de la anécdota, la sabiduría legada por la experiencia legitima gestos y palabras, permitiendo a Mansilla abrirse paso con relativo éxito en los dominios de la cultura ranquel. Sin embargo, su carácter de lector resulta crucial para sustraerlo del peligro súbito de verse subsumido por la barbarie que lo rodea, que parcialmente lo fascina y que, en ocasiones, le reclama plegarse a ella como requisito imprescindible para sus propósitos o supervivencia. Hacia el exterior del texto, de cara a los debates sobre el territorio nacional y, en especial, sobre el llamado *problema del indio*, en cambio, la carga se invierte: la ostentación de su heterogénea biblioteca lo pone a la par de los más conspicuos letrados y políticos de su tiempo, pero es el peso de sus conocimientos empíricos el que lo dota de un saber exclusivo y diferencial. Porque, si el mundo no se aprende en los libros, sino *yendo y oyendo*, la *calaverada militar* de Mansilla, cuyas motivaciones alternativamente trivializa o ensalza, lo distinguirá de sus contemporáneos ya que, al contrario de la mayoría de ellos, su perspectiva sobre los nudos problemáticos de la organización nacional se asentará sobre la base privilegiada de la experiencia directa. A punto de ingresar en Leubucó, Mansilla no se olvidará de señalar ese carácter de pionero: “[l]os ecos de la civilización van a resonar pacíficamente por primera vez, donde jamás asentara su planta un hombre del coturno mío” (184).

Si reivindicar la empiria por sobre la lectura y, a la vez, abundar en referencias librescas no es, en sí mismo, una contradicción, lo es mucho menos porque el gesto consiste, como tantas veces en Mansilla, en exponer las tensiones, en subrayarlas y hacer de la duplicidad no un flanco abierto a la crítica potencial, sino un sello distintivo. Por eso mismo, para decir que la experiencia enseña más que los libros, elige referir, en idioma original, un proverbio de la Grecia Antigua, extraído de su cuaderno de apuntes personal, al que denomina “vademécum de citas” (251), para traducirlo luego y

convertirlo en su lema de cabecera: “*Ek te biblion kubernetes*” o “no se aprende el mundo en los libros” (252).

Más que como dos polos en tensión, lectura y experiencia parecen operar entonces, en distintos niveles de *Una excursión*, como elementos complementarios. Y no solo porque constituyan dos formas del saber que alternan su protagonismo en distintas secuencias del texto, avanzando y retrocediendo alternativamente en el proscenio que el propio Mansilla diagrama para sí y sus acciones, sino también porque ambas se articulan en un mecanismo de autofiguración y demarcación que ya no parece confrontar con la generalidad de sus contemporáneos civilizados o con la galería de personajes bárbaros que desbordan su relato, sino con dos de los nombres propios que mayor gravitación revestirán, en lo sucesivo, en su escritura: Rosas y Sarmiento. En efecto, la intercepción entre lectura y experiencia, dos ejes que se tensan y se tocan a lo largo de *Una excursión*, habilita a Mansilla a trazar las dos demarcaciones que, *a priori*, más le interesan: en primer lugar, de la herencia familiar rosista, el lastre histórico y genealógico que signa su nombre y entorpece su inserción en la vida pública; en segundo lugar, de la incómoda sombra de Sarmiento, a la vez antiguo aliado, silencioso rival político, superior máximo en la jerarquía militar, jefe de Estado y referente en el campo de las letras. Ni la barbarie rosista ni el modelo de civilización sarmientino: Mansilla deslinda su figura de esos dos lugares comunes para la cultura decimonónica argentina.

Ahora bien, mientras que la reivindicación de la experiencia, individual e intransferible, asoma en sí misma como una base propia sobre la cual proyectar la imagen de una subjetividad singular, propia y autogestionada, la apelación a la lectura deberá revestirse de ciertos parámetros, o inscribirse en determinadas circunstancias, para ser igualmente funcional a una estrategia semejante. Qué, cuándo, cómo, dónde leer, de dónde extraer el material de lectura, cómo se accede a él: las respuestas a tales interrogantes condicionan el modo en que Mansilla define su figura de lector para, a través de ella, deslindarse del pasado familiar y, a la vez, del modelo de hombre de letras que encarnaba Sarmiento, en un gesto que su escritura esboza en *Una excursión* por primera, pero no por última vez.

Orden sin sistema: el vademécum de citas

Algunas de las principales aproximaciones críticas a *Una excursión* han insistido en decodificar la recurrente exaltación de la experiencia que la atraviesa como, sobre todo, un mecanismo tendiente a relativizar el peso de la herencia familiar en el destino de los individuos. Para Sylvia Molloy, por ejemplo, su sesgo autobiográfico exhibe un “yo” que, como en ningún otro texto de Mansilla, se quiere “hijo de sus propias obras” (1980: 754). Julio Ramos, por su parte, detecta en sus páginas “la figura del *self-made man*”, alimentada por “la capacidad del narrador para inflar los actos de su personaje” (1996: 80).

A su modo, ambas miradas coinciden en remarcar que, en última instancia, esa imagen de Mansilla representa una operación de borramiento de su linaje. Si en textos futuros Mansilla se permitirá explorar con mayor ambigüedad y desprejuicio sus vínculos familiares, como si reconociera en ellos y en sus momentos de intimidad con Rosas un capital simbólico privilegiado para poner a circular en el magro mercado local de las letras, la postura adoptada en *Una excursión* resulta, por el contrario, resoluta y tajante: las alusiones a sus parentescos se escamotean al máximo, Rosas es mentado como *dictador*, los contados atisbos de reivindicación de su figura se desplazan, convenientemente, a las opiniones de gauchos o de su ahijado, Mariano Rosas.

Sin desconocer que, como sostenían Molloy y Ramos, Rosas y el rosismo constituyen para Mansilla un primer telón de fondo frente al cual recortarse, la lectura de *Una excursión* propuesta por Mirta Stern señala un segundo contrapunto. Si la reivindicación de la experiencia le permite, en primer término, “neutralizar el peso de su ascendencia, el rosismo”, al mismo tiempo le confiere, sostiene Stern, “un campo concreto de impugnación y de enfrentamiento a Sarmiento” (1985: 133). Presentada como vía privilegiada de conocimiento, la exaltación de la experiencia vendría a relativizar el derroche de saber libresco y a denunciar la falta de contacto directo con la realidad argentina por parte de quienes pensaron, escribieron y decidieron sobre ella afirmados en la autoridad de sus bibliotecas. Dos reproches que, en función del contexto político y biográfico que enmarca a *Una excursión*, bien pueden suponerse dirigidos al

por entonces presidente de la Nación, en su doble faceta de primer mandatario y escritor.² Por caso, detrás de las severas —y genéricas— críticas que Mansilla dispensa a sus antecesores en la descripción estética y geográfica de la pampa no deja de resonar el célebre pasaje del *Facundo* (1845) que, como es sabido, Sarmiento pergeñó sin antes haber tenido contacto directo con su referente:

¿Qué impresiones ha de dejar en el habitante de la República Argentina el simple acto de clavar los ojos en el horizonte, y ver... no ver nada? Porque cuanto más hunde los ojos en aquel horizonte incierto, vaporoso, indefinido, más se aleja, más lo fascina, lo confunde y lo sume en la contemplación y la duda (Sarmiento, 2006: 49).

Y si Sarmiento condensa en los puntos suspensivos el carácter inmenso y llano que atribuye al paisaje que se propone describir, Mansilla, por su parte, resume todo el potencial de su crítica en la elección del gerundio que utiliza: “[I]os que han hecho la pintura de la Pampa, suponiéndola en toda su inmensidad una vasta llanura, ¡en qué errores descriptivos han incurrido!” (2018: 116). No se trata únicamente de proclamar que las descripciones que anteceden a la propia sean erróneas en sí mismas: se trata, sobre todo, de sugerir que la fuente de ese error radica en el hecho de que, como las de Sarmiento y al contrario de las suyas, se fundan en supuestos y no en la experiencia.

2 Luego de ser uno de los promotores de su candidatura presidencial, Mansilla recibirá un primer revés por parte de Sarmiento cuando este, ya electo, decline sus intenciones de ser nombrado ministro de Guerra y lo remita como comandante de frontera a Río Cuarto, en 1868. Sin embargo, el verdadero punto de quiebre entre ambos se produciría cuando, en abril de 1870, al regresar de su excursión a tierra ranquel, Mansilla se encuentre con un sumario iniciado en su contra por el fusilamiento irregular del soldado Avelino Acosta. Fiel a su estilo, en vez de atenerse a la burocracia militar, que podría haberle permitido salir airoso del proceso, enviará una encendida carta al ministro de Guerra, Martín de Gainza, para luego hacerla pública. Ese acto de insubordinación habría de sellar su suerte: fue pasado a disponibilidad y privado de su sueldo. Para Sarmiento, que ya había reconvenido a Mansilla por otras salidas de tono, se trataba de una maniobra que violentaba las jerarquías e incluso ponía en cuestión su autoridad de comandante en jefe. En el contexto de esta forzada inactividad, Mansilla comenzaría a redactar *Una excursión*.

Siguiendo a Stern, entonces, que Mansilla se presente como hijo de sus actos, atenúa la circunstancia de ser hijo de sus padres; pero, a la vez, que reivindique el aprendizaje de orden diverso dispensado por su trayectoria vital refuerza las ya notorias tensiones que *Una excursión* instala frente a la figura literaria y política de Sarmiento. Con leves variantes, una afirmación similar puede esgrimirse con respecto a los alcances que revisten la figuración de Mansilla como lector y sus continuas apelaciones al saber letrado. Allí, de manera más complementaria que contrastante, *Una excursión* despliega otra cara de la misma estrategia doble de legitimación y demarcación.

En primera instancia, y así como conseguían diferenciarlo, en el plano de la anécdota, de los saberes y el discurso de los ranqueles, las citas y referencias cultas que Mansilla prodiga también lo ponen a salvo de ser asimilado al otro gran tipo de barbarie inscripto en la polisémica acepción que el término revisitó durante el siglo XIX argentino: la barbarie que resuena en su apellido y filiación. Exhibirse como un lector culto y avezado, en efecto, lo aleja de los estereotipos que persiguieron a Rosas y sus partidarios: frente al bárbaro enemigo de las letras y las ciencias, Mansilla se presenta munido de lecturas múltiples; lejos del tirano que proscribió y exilió a los jóvenes del 37, Mansilla lee y cita a su principal exponente, Esteban Echeverría, a quien incluso parece exonerar parcialmente de sus críticas a los letrados que describen a indios y paisajes sin haberlos contemplado nunca:

Era la tarde y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes (Echeverría en Mansilla: 125)

Este chilla, algunos lloran,
Y otros a beber empiezan,
De la chusma toda al cabo
La embriaguez se enseñoera (Echeverría en Mansilla: 257)

Los libros, la lectura, la erudición libresca construyen así una imagen de Mansilla lector que se sitúa en las antípodas de la imagen predominante de Rosas, a quien, todavía varias décadas después de

su caída, se recuerda como el artificio de un régimen en el cual “la vida intelectual y libre estaba de duelo, amordazada y estigmatizada” (Quesada, 1998: 148). No obstante, junto con esa contraposición radical, otra más sutil se juega en el propio terreno de la cultura letrada, reelaborando el contrapunto que divide a Mansilla de Sarmiento precisamente donde parecerían encontrarse: en el gusto por la profusión de citas, en la compartida voluntad de ostentar, entre el orgullo y el alarde, el bagaje de lecturas que llevan consigo. En este terreno, un primer contraste asoma en los modos de procesar y recrear la lectura en la propia escritura, de apropiarse de ella a través de la cita. Aquí, Mansilla se distingue de Sarmiento por ser, al mismo tiempo, más desenfadado y más respetuoso en sus aproximaciones a la cultura letrada. Más desenfadado, por una parte, porque en *Una excursión* la referencia culta no hace sistema, la escritura no se ordena según el molde de una teoría puntal preexistente, la cita no se propone, como los epígrafes del *Facundo*, ser protocolo de lectura parcial o total del texto; no hay esa misma confianza en la lectura como herramienta primordial y condición preexistente para el análisis de la realidad nacional.³ En suma, las inflexiones de la cultura letrada en *Una excursión* no presuponen en absoluto una figura de escritor como la del Tocqueville vernáculo que Sarmiento imagina e implícitamente quiere ser, es decir, la figura de un estudioso que “premunido del conocimiento de las teorías sociales, como el viajero científico de barómetros, octantes y brújulas, viniera a penetrar en el interior de nuestra vida política” (Sarmiento, 2006: 15). Muy por el contrario, entrelazadas con la apología de la experiencia, permiten a Mansilla alejarse de ella.

Pero, en otro sentido, Mansilla es también más respetuoso que Sarmiento en su aproximación a la cultura letrada. Respetuoso de la letra y respetuoso del sentido, porque, aunque desperdigue sin método las marcas múltiples de sus lecturas, nunca parece trasponer del todo ese límite permeable que divide o pliega la propia palabra y la palabra ajena. La cita y la referencia culta en *Una excursión*

3 No deja de resultar significativo que en *Retratos y recuerdos* (1894) Mansilla cuestione el verdadero arraigo del saber letrado de Sarmiento, a quien cataloga, precisamente, como “un adivino de epígrafes”, cuyas lecturas solo “parece que hubieran sido muchas” (Mansilla, 1894: 25). Agradezco esta referencia a Andrea Cobas Carral.

nunca experimentan las instancias de diálogo, apropiación, reversión o perversión que caracterizan a Sarmiento; al contrario, Mansilla parece depararles las funciones convencionales del complemento o del comentario e incluso esmerarse en respetar, dentro de sus posibilidades, su lengua de origen. Si, como quiere Piglia, en el siglo XIX argentino “[s]aber leer es saber leer en otro idioma” (1980: 16), el manejo de la cultura letrada que Mansilla exhibe se encuentra menos “corroído, desde su interior, por la barbarie” (Piglia, 1980: 17) que el que demuestra Sarmiento. Prueba por antonomasia de la erudición “de segunda mano” (Piglia, 1980: 17) que este último ostenta, su cita en francés del célebre pasaje de Ricardo III (“Un cheval, vite, un cheval... Mon royaume pour un cheval” [Sarmiento, 2006: 171]), reaparecerá en *Una excursión*, pero en su versión original: “A horse iA horse! iMy kingdom for a horse! (182).

Como si de una sinécdoque se tratara, la oscilación entre desenfado y respeto que trazan las inflexiones de la cultura letrada en *Una excursión* parece condensar su sentido en una de sus partes: las explicaciones en torno al vademécum de citas. Compendio de fragmentos de lecturas transcritas al pie de la letra, pero ordenadas sin más sistema que el criterio alfabético; cuaderno de apuntes en el que la palabra ajena y la palabra propia conviven (Mansilla asegura que también apunta en él sus propias reflexiones), pero sin otro vínculo que la yuxtaposición; libro de consulta personal, práctico y portátil, ajeno a las presunciones de “esos literatos cuyo bufete es una especie de sanctasantórum” (250), pero a la vez “tesoro” (250) de elaboración personal (“No es herencia de nadie. Yo mismo me lo he formado” [Mansilla: 250]) cuyo valor no puede estimarse, las referencias al vademécum, alternativamente, lo minimizan y enaltecen, lo esgrimen como arma de distinción frente a las presunciones del saber ilustrado y lo presentan como la materialización misma, prolija y exacta, del saber ilustrado que su dueño acumuló. Y todo aquello, además, en la misma entrega en la que, luego de extraer un proverbio griego de su vademécum, Mansilla procederá a sostener que *el mundo no se aprende en los libros*.

Quizás anticipando críticas potenciales por el modo de exhibir el carácter veleidoso de su adquisición y ejercicio del saber letrado, será Mansilla mismo quien se declare poseedor de una “erudición a la violeta” (250). Y, al emplear ese tono, calculado y autoirónico, para

referirse a su condición de hombre ilustrado, terminará por configurar un segundo elemento de contraste con respecto a Sarmiento. Porque en la escritura de Sarmiento, en efecto, nada que se diga sobre esta materia, –ni siquiera los pasajes que, en su tendencia a la hipérbolo, se vuelven irrisorios–, busca ser risible. Incluso las anécdotas de sus traducciones expeditas, a razón de doce volúmenes en francés en un mes y once días, y de una novela íntegra de Walter Scott por jornada, quieren ser leídas con solemne literalidad. Quizás porque sus circunstancias biográficas le impusieron una carencia de origen en ese terreno, no hay en Sarmiento lugar para la broma, la medida o la falsa modestia: las adversidades superadas deben subrayarse, los desafíos encarados, magnificarse, para que el relato de la acumulación de ese saber ascienda al estatuto de una “épica” (Piglia, 1980: 15), cuyo héroe único es el autodidacta marcado por su origen provinciano en un país provinciano. Un mínimo de herramientas, un máximo de esfuerzo e inteligencia y un abierto desinterés por todo lo demás ejemplifican ese encuentro entre el lector y sus libros, que se escribe y reescribe en *Recuerdos de provincia* (1850).

Lectura juvenil, apasionada, a deshoras; lectura que posterga las obligaciones: esos son los elementos que definen la figura de lector que Sarmiento quiere asociar a su trayectoria y, en especial, a su iniciación en el mundo de las letras. Y aunque ninguno de esos rasgos define al Mansilla lector de *Una excursión*, que se desplaza entre bárbaros munido de su vademécum y exalta la empiria por sobre el saber libresco, todos ellos, en cambio, participan de las escenas de lectura que Mansilla configurará, dos décadas después, en “¿Por qué...?”, una de sus *causeries de los jueves*. Sin embargo, esa figura sarmientina de lector, que tiende, en primera instancia, a disolver las operaciones de diferenciación que el propio Mansilla había establecido en *Una excursión*, terminará por propiciar una versión reelaborada de ellas.

Rupturas y reivindicaciones del mandato familiar: la lectura furtiva

A diferencia de lo que ocurre en *Una excursión*, las *causeries de los jueves*, que Mansilla comenzó a publicar en 1890 en las páginas del diario *Sud-América*, hacen del parentesco entre su autor y Rosas

un tópico recurrente. Con la intermediación de casi cuatro décadas entre la caída del régimen y el presente de la enunciación, y con el respaldo de una trayectoria personal ya labrada, Mansilla se permite, en su madurez, abundar en referencias a la intimidad familiar. Lo que antes se silenciaba o se decía a medias pasará a postularse como otro componente diferencial en su ejercicio de la escritura: “soy quizás el único hombre de letras de este país que sabe bien a Rozas” (Mansilla, 2000: 435).

Sin embargo, tematizar sus vínculos familiares con el rosismo no significa para Mansilla desmontar las operaciones de autofiguración desplegadas en *Una excursión* para relativizarlos o suspenderlos. Por el contrario, las *causeries* trasuntan “un incómodo e inestable equilibrio” (de Mendonça, 2015: 88) en parte a fuerza de balancear las reivindicaciones personales con las críticas deslizadas en materia política, mientras intentan –y no siempre consiguen– impedir que las primeras arrojen sobre las segundas un exagerado tinte exculpatorio.

Aunque más o menos omnipresentes en el conjunto de textos, esas oscilaciones se intuyen, sobre todo, en el arco narrativo que diseñan tres de las *causeries* más abocadas a examinar la estirpe rosista de su autor. Leídas por separado, cada una de ellas oficia de pieza en el rompecabezas familiar, haciendo foco en la figura de un miembro diferente de la familia, aun cuando, como en el caso de Sarmiento y el *Facundo*, los verdaderos protagonistas siempre sean dos: Rosas y el propio autor. Leídas en tándem, además, entran un relato en el que el destino familiar, íntimo y político, y el destino individual de Mansilla se bifurcan para volver a interceptarse, mientras se precipitan los acontecimientos que habrían de trastocarlos definitivamente.

“¿Por qué...?” (1890), que inaugura la serie, gira en torno al padre, Lucio Norberto. “Los siete platos de arroz con leche” (1890), por su parte, se concentra en la figura de Rosas, revelado al lector como tío, y expuesto a medias, desde la intimidad, como dictador. “El dedo de Rozas” (1890), finalmente, tendrá su eje en la madre, Agustina Rosas, para completar la trilogía. Pero el relato que atraviesa y agrupa las tres, en definitiva, es el de las causas del exótico viaje de iniciación que el joven Lucio emprende por el Lejano Oriente, el de su regreso en los prolegómenos de Caseros y el de los ajustes de cuentas con el pasado familiar una vez que sobrevino la derrota.

Hilvanadas por ese relato mayor, las tres *causeries* harán de los límites entre lo privado y lo público, lo familiar y lo político, un tópico excluyente y, sobre todo, una materia maleable que puede ser interpelada, redefinida o desdibujada, según la circunstancia. En “El dedo de Rozas” (1890), por caso, Mansilla comienza por apuntar a los debates contemporáneos que todavía suscita la efigie de su tío, “al cual los escritores e historiadores de diversa índole, como si no bastara el peso de sus propias responsabilidades, le cargan todavía la romana” (Mansilla, 2000: 435), para derivar finalmente hacia una escena íntima: la del propio Mansilla interrogando a su madre sobre un defecto que, cree recordar, distinguía uno de los dedos de Rosas. Ese aparente desvío de una discusión de amplias miras hacia una trivialidad familiar, sin embargo, habilita una conclusión, simbólica y con tintes de moraleja, a través de la cual Mansilla disculpará, por motivos sentimentales, las antiguas opiniones políticas de su madre (y, quizás, las propias): como ella dice no recordar las imperfecciones de su hermano, Mansilla sentencia que “quien feo ama, hermoso le parece” (Mansilla, 2000: 441).

En “Los siete platos de arroz con leche”, por otra parte, el relato del reencuentro entre tío y sobrino, luego de la larga ausencia de este último, tiene por condimento, además de las calculadas grajeas de intimidad rosista con que Mansilla endulza al lector, el clima de agitación política suscitado por el alzamiento de Urquiza, aunque levemente desenfocado: se lo contempla en segundo plano, entrevistado desde y en el corazón de Palermo. Ese doble marco da lugar a una apología de Rosas de tinte personal (“Rozas no era un temperamento libidinoso” [Mansilla, 2000: 72]), pero también a severas críticas emitidas desde una triple óptica familiar, política e histórica (el gobierno, según Mansilla, sirve “para hacer la felicidad de una familia, la de un partido o la de la patria” y su tío “no hizo nada de esto” [2000: 73]), que alternan con reproches al paso dirigidos a sus antiguos partidarios, de manera solapada (“para mí Urquiza y Rozas, Rozas y Urquiza eran cosas tan parecidas como un huevo a otro huevo” [Mansilla, 2000: 69]) o abierta (“yo oía en la plaza de la Victoria gritar furiosos “Muera Rozas a algunos de los mismos conspicuos señores, que pocas horas antes, había visto en Palermo” [Mansilla, 2000: 82]).

En la *causerie* que inaugura esa trilogía posible, no obstante, las intersecciones entre política y familia se distinguen, en particular,

por verse entramadas con la reformulación de un tópico que Mansilla ya había trabajado dos décadas atrás: el de la articulación entre lectura y experiencia. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría en *Una excursión*, ambos ejes no solo fomentan entre sí una tensa complementariedad: también registran contradicciones internas en el desarrollo de cada uno, haciendo que la figura de Mansilla que este texto diseña pendule entre los polos frente a los cuales quiere, sostenidamente, recortarse a través de la escritura. En otras palabras, Rosas y el rosismo como marca familiar, de un lado, y Sarmiento y su figuración del letrado, del otro, estarán, alternativamente, cerca y lejos del joven Lucio que se exhibe en “¿Por qué...?”.

Aunque bien podría pensársela como un prólogo a destiempo para *De Adén a Suéz* (1855), en tanto y en cuanto incluye el relato que antecede y explica su viaje de iniciación, la *causerie* comprende, en sí misma, su propia aventura iniciática, aunque en términos diferentes: no como iniciación en la experiencia vital, heterogénea y caudalosa, del *tourist*, sino como iniciación en la lectura. De hecho, la pregunta inconclusa del título, atribuida, –según el consabido tono de *entre nos*–, a Carlos Pellegrini, anticipa un interrogante cuya respuesta articula ambas facetas. ¿Por qué realizó Mansilla su primer viaje, rumbo a Oriente? Y el texto responde: por la inconveniencia de una lectura. Es decir, mientras está sirviendo en un saladero de la familia al que llegó luego de un breve periplo impuesto, a modo de castigo, por ciertos desatinos amorosos, el joven Lucio lee a escondidas *El contrato social*, hasta que es descubierto por su padre, quien sentencia que “cuando uno es sobrino de don Juan Manuel de Rosas no lee *El Contrato Social*, si se ha de quedar en este país; o se va de él, si quiere leerlo con provecho” (Mansilla, 2000: 61).

La lectura será, así, tema privilegiado en “¿Por qué...?”. Y no solamente como núcleo de su escena crucial: al pasar, pero con suficiencia, la *causerie* también se encargará de asentar que la pertenencia a la élite del rosismo no implicaba el desprecio por la cultura letrada. De hecho, como en una versión invertida y simplificada de la filiación borgeana, Mansilla tenderá a asociar a su madre con las letras y a su padre con la acción, lo pragmático, lo intuitivo. Ella “leía”, ella se ocupaba de que su hijo copiara “mil versos” para cumplir con tareas escolares; a ella, dirá Mansilla, “debo [...] la primera cultura de mi espíritu” (2000: 28). El padre, en cambio, aun siendo dueño de

una “muy poco surtida” (Mansilla, 2000: 29) biblioteca, es el agente que impulsa al joven Lucio a cumplir con las faenas de saladerista, el que quiere convertirlo en “un hombre de trabajo en este país” (2000: 46), el poseedor de una erudición práctica intangible que, por momentos, se confunde con un poder casi oracular: “sabía por adivinación o por intuición” (Mansilla, 2000: 44).

Ese esquemático árbol genealógico del saber redobla su significación si se tiene en cuenta que, según Mansilla, entre padre e hijo dos temas limitaban la conversación. En primer lugar, el gusto del joven Lucio por la lectura, hecho que, confiesa, “trataba de ocultarle mucho a mi padre” porque “él nunca me hablaba de ella” (2000: 29). En segundo lugar, la política, de la que, dirá Mansilla, “nunca me decía una palabra” (2000: 30). Ambos tabúes impuestos por la circunspección paterna se verán desafiados en la doble transgresión, familiar y política, que el hijo llevará a cabo cuando ejercite un tipo particular de lectura, diferente incluso del modelo materno: en reemplazo de la lectura regulada, provechosa, escolar, el ejercicio de la lectura furtiva. Es ella la que, a la vez, aglutina y fractura los lazos políticos y familiares, precisamente en un texto en el que, quizás como nunca en la literatura de Mansilla, lo estrictamente político es subsumido a los alcances del amor filial: Mansilla era federal porque amaba a su tío; su padre, parecía serlo más por amor a su mujer que por verdadera convicción por el sistema de su cuñado. La carga de la herencia rosista se intenta aligerar, ahora, confundiéndola con inocente cariño; el dictador de *Una excursión* ha devenido en un pariente querido, “el hombre más bueno del mundo” (Mansilla, 2000: 30) a los ojos del sobrino.

En principio, la lectura furtiva será la encargada de atenuar los efectos de esa reivindicación por, al menos, dos motivos. Por empezar, porque el acto de leer contradice y desplaza el explícito mandato familiar: en lugar de trabajar en el saladero, profundizando sus conocimientos sobre las faenas rurales, Mansilla cede a “una invencible inclinación por la lectura” (2000: 29). A contramano de la idea que predomina en *Una excursión*, el saber empírico no se asocia con la confección del propio destino, distinto de lo heredado, sino, por el contrario, con un aprendizaje práctico que ata a la familia. Si algo se corrobora, en este punto, del texto de 1870 son, en cambio, las admoniciones que Mansilla pronuncia en la junta ranquel: para

el joven Lucio, los libros son el medio para sobreponerse a la imposición paterna, una vía de conocimiento alternativa a la heredada del padre. Placer y obligación, lectura y mandato familiar diseñan, entonces, una dicotomía que quedará expuesta, sobre todo, en la culposa conducta que el joven Lucio adoptará una vez que su pasión secreta sea revelada: “me acordé que mi padre me había sorprendido en mi rancho leyendo, y al rayar la aurora solo pensé en que era saladerista y en que debía [...] estar donde se desnucaba y se descuartizaba” (Mansilla, 2000: 59).

Pero, además, la lectura furtiva propiciará el quiebre principal entre Mansilla y su linaje cuando su padre descubra no solo que lee sino qué lee: un texto inapropiado para alguien de su estirpe familiar y política, un texto prohibido para un sobrino de Rosas, potencial heredero del rosismo. Y la violación de ese segundo mandato, esta vez implícito, que solamente se revela en toda su gravedad cuando ya ha sido quebrantado, será, paradójicamente, la que le depare al infractor un tipo de experiencia diferente de la que ofrecía el trabajo en la estancia paterna: la del viaje a tierras exóticas, la de una travesía que obligará a abandonar los dominios familiares para comenzar a acumular el caudal de saberes prácticos del que se jacta el Mansilla de *Una excursión*. Tal y como escoge organizar su narración, Mansilla convierte las motivaciones de su viaje en resultado directo de su lectura furtiva descubierta. Siguiendo la lógica de “¿Por qué...?”, su primer gran distanciamiento del núcleo familiar, su primera salida al extranjero, su primera gran experiencia de cosmopolita, su primera oportunidad de probarse a sí mismo habrían surgido de la voluntad de convertir en *provechosa* su lectura furtiva de *El contrato social*. Así, leer *El contrato social* es una toma de distancia simbólica de su estirpe rosista, pero conduce, a la vez, a un distanciamiento concreto, espacial. En los términos de las figuras gastronómicas tan caras al arsenal retórico de Mansilla, su excéntrico paladar comenzará a ejercitarse en degustaciones múltiples porque antes, cuando era apenas un muchacho, cedió a inconvenientes “panzadas de lecturas” (Mansilla, 2000: 30).

Sin embargo, el joven Lucio no solo alimenta su avidez de lector con *El contrato social*: también degusta las cartas privadas de su padre. La lectura furtiva penetra, nuevamente, en el recinto vedado de la política: ahora, no ya a través de un texto filosófico, sino de

textos que revelan la inmediata y coyuntural “política de entonces” (Mansilla, 2000: 30). Así y todo, aunque las emparente la común figura del lector furtivo, la lectura de Rousseau y la de la correspondencia remitida a Lucio Norberto responden a dos líneas de significación diferentes. Porque, si la primera narra una escena iniciática para el Mansilla *hombre de letras*, a la vez que atribuye a la lectura una responsabilidad simbólica sobre su futuro inmediato (viajará a Oriente *porque* ha leído y para leer *con provecho*), la segunda parece solo destinada a habilitar una eficaz estrategia de reivindicación familiar. Su importancia, en todo caso, destaca más en el presente de la enunciación que en el del enunciado, ya que, en su destreza de administrador de infidencias, Mansilla dará a conocer a sus lectores algunas de las cartas que lo subyugaron en su juventud y que demuestran, sin necesidad de la mínima acotación, que, mientras fue el partido de gobierno, el rosismo contó con una amplia gama de adeptos (entre ellos, Urquiza, “el futuro *Libertador*” [Mansilla, 2000: 32]). En otras palabras, si la primera inflexión de la lectura furtiva diferencia y distancia (en términos figurados y literales) a Mansilla del núcleo familiar, esta segunda lo reconduce a él y a sus intentos de desdibujar los lazos políticos detrás de los lazos de sangre. En efecto, como complemento de sus insinuaciones sobre el federalismo propio y el de sus progenitores, la lectura de las cartas que “¿Por qué...?” reproduce hace menos rosista a su familia y más rosista a sus detractores.

Considerando sus repercusiones desiguales en el desenlace de la anécdota que Mansilla narra, solo una versión de la lectura furtiva, la de *El contrato social*, ofrece la respuesta al interrogante inconcluso que da título al texto. No obstante, al margen de los materiales a los que acceda, la figura de lector que encarna el joven Lucio es homogénea. Tenga en sus manos un volumen de Rousseau o un manojito de cartas privadas robadas del cajón de su padre, el lector furtivo será siempre un apasionado que tributará a la lectura las horas que pueda robar a la obligación y el trabajo. A través de esos atributos, las escenas de lectura en “¿Por qué...?” convocan el recuerdo de otra figura de lector, igual de apasionado y predispuesto a poner en suspenso los deberes laborales para entregarse a la lectura: es la figura del “mocito” (Sarmiento, 1979: 169) dependiente de una tienda en San Juan, que pasaba las jornadas con el libro en la mano, “inmóvil,

insensible a toda perturbación”, y que crecerá para trasladarse a Copiapó y convertirse en “el minero a quien se encontraba siempre leyendo” (Sarmiento, 1979: 168-169).

Así, al contrario de lo que ocurría en *Una excursión*, el modo en que Mansilla elige narrar sus tempranas aproximaciones a la cultura letrada cifra en ella un punto de encuentro con la literatura de Sarmiento y, en particular, con una de sus autofiguraciones diletas. Otro elemento común, quizás más solapado, vendrá a sellar ese parentesco: el peso simbólico del francés. Leer otro idioma, leer en idioma original, leer y escribir en francés, lengua de la civilización por antonomasia, constituye para Sarmiento y Mansilla un sello de distinción que los dignifica y los iguala. Por eso, como Sarmiento en tantas oportunidades, Mansilla recalca que su lectura de *El contrato social* no precisa de traducciones. Jactancia en apariencias intrascendente, esa aclaración cobrará nuevo sentido en el momento crucial del relato, cuando padre e hijo queden frente a frente, con el volumen de Rousseau abierto entre ellos:

Mi padre echó una mirada al libro, y con una expresión inefable, díjome: ‘¿Qué estás leyendo?’.

–Un libro en francés.

Este *en francés*, dentro de mis abismos psicológicos, implicaba “si es en francés, aunque sea suyo el libro, usted no ha de saber de lo que se trata” (Mansilla, 2000: 42).

La escena heroica de los baños del Zonda que inaugura el *Facundo* encuentra en Mansilla su versión íntima, doméstica y familiar, en la que el conocimiento o la ignorancia del francés trazan un límite entre padre e hijo. En un texto que subsume las implicancias políticas de su estirpe al mero cariño personal y enaltece la sabiduría práctica, casi oracular, de su padre, Mansilla actualiza el valor simbólico del francés, lenguaje de la civilización y patrimonio distintivo de su condición de letrado. Aquí, como en *Una excursión*, sus competencias de lector son el tabique figurado que lo separa de la barbarie, asociada nuevamente con el núcleo familiar.

Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre en Sarmiento, y a contramano de su propia figuración como *self-made man*, la barrera

cultural resultará, en este caso, permeable. Aun confinado al lugar de la ilegibilidad, Lucio Norberto, fiel a su pragmatismo, no necesitará leer en la lengua de la ilustración para hacer una *lectura* política de la situación y propiciar la salida del país de su hijo. Su desconocimiento del francés, en todo caso, no es equiparable a la ignorancia supina porque, como el propio relato de Mansilla insiste en resaltar, el volumen de Rousseau, en última instancia, le pertenece. Si, como propone Piglia, la pregunta acerca de qué es un lector “es también la pregunta sobre cómo le llegan los libros al que lee, cómo se narra la entrada en los textos” (2005: 33), las escenas de lectura de “¿Por qué...?” concentran, en este punto, un rasgo contradictorio respecto a la figura de lector perfilada en *Una excursión* y, la vez, el mayor punto de distanciamiento respecto al lector apasionado y furtivo que se construye en *Recuerdos de provincia*. Porque, detrás de todas las convergencias, hay un relato que Sarmiento ofrece y del que Mansilla debe prescindir: el relato de la lucha por llegar al libro, la afanosa búsqueda de la acumulación del saber, que comienza con la caza del objeto preciado que puede transmitirlo. De un lado, Sarmiento y su afán juvenil, recompensado: “y yo me lancé en seguida en busca de esos libros, y en aquella remota provincia, en aquella hora de tomada mi resolución, encontré lo que buscaba” (Sarmiento, 1979: 168). Del otro, el joven Lucio estirando la mano para retirar *El contrato social* de un cómodamente cercano anaquel en la biblioteca de su padre. Es esa imagen la que corroe la equiparación entre Sarmiento y Mansilla en su condición de lectores furtivos y lectores del francés, pero también es la que hace disonar el relato de iniciación en las letras de “¿Por qué...?” con la figura del lector autónomo que autogestiona, bajo sus propias reglas y según el dictado de su conciencia, su saber libresco a través del vademécum de citas.

En el juego de aproximaciones y distanciamientos, de reivindicaciones y retaceos, el relato de Mansilla queda cautivo en su trampa. Al contrario de lo que ocurría en Sarmiento, no hay aquí lugar para la gesta épica del autodidacta porque, aunque su padre no quisiera ni supiera leerlos, los libros para Mansilla estaban al alcance de su mano, incluso aquellos inconvenientes para ser leídos por un sobrino de Rosas.

Bibliografía

De Mendonça, I. (2015). “Creer en las *causeries*”. En *Zama*, 7, 87-98.

Mansilla, L. V. (2000). “El dedo de Rozas”; “Los siete platos de arroz con leche”; “¿Por qué...?”. En *Entre nos. Causeries de los jueves*. Buenos Aires, Elefante Blanco.

_____. (1894). *Retratos y recuerdos*. Buenos Aires, Coni e hijos.

_____. (2018). *Una excursión a los indios ranqueles*. Buenos Aires, Penguin.

Molloy, S. (1980). “Imagen en Mansilla”. En Ferrari, G. y Gallo, E. (comps.). *La Argentina del ochenta al centenario*. Buenos Aires, Sudamericana.

Piglia, R. (2005). *El último lector*. Buenos Aires, Anagrama.

_____. (1980). “Notas sobre *Facundo*”. En *Punto de Vista*, 8, 15-18.

Quesada, V. (1998). *Memorias de un viejo*. Buenos Aires, Ciudad Argentina.

Ramos, J. (1996). “Entre otros: *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio Mansilla”. En *Paradojas de la letra*. Caracas, Excultura.

Sarmiento, D. (2006). *Facundo*. Buenos Aires, Colihue.

_____. (1979). *Recuerdos de provincia*. Buenos Aires, Difusión.

Stern, M. (1985). “Una excursión a los indios ranqueles: espacio textual y ficción topográfica”. En *Filología*, XX, 117-138.